

Militancia armada e imaginarios de clase obrera en la izquierda puertorriqueña

*Jeremy Rivera Torres**

Recibido: 17 de julio de 2025

Dictaminado: 1 de septiembre de 2025

Aceptado: 5 de septiembre de 2025

RESUMEN

Este artículo examina cómo las organizaciones armadas de la izquierda puertorriqueña, durante la década de 1970, construyeron al obrero como sujeto revolucionario central dentro de su proyecto político. Los objetivos son analizar los imaginarios de clase que sustentaron esa representación y comprender cómo la figura del trabajador fue utilizada para legitimar la lucha armada en el contexto del colonialismo tardío. A partir del análisis de documentos internos, manifiestos, periódicos partidarios y publicaciones ideológicas, se concluye que la imagen del proletariado no respondía necesariamente a una realidad social concreta, sino a una figura idealizada que condensaba valores como el sacrificio, la disciplina y la centralidad en la producción. Esta representación fue clave para articular un sujeto colectivo revolucionario, aunque muchas veces entró en tensión con las trayectorias reales de trabajadores que se incorporaban a las organizaciones. El artículo aporta una lectura crítica sobre cómo se producen las nociones de clase en proyectos políticos armados, mostrando que estas no son simples reflejos de una estructura económica, sino construcciones

* Universidad de Birmingham, Reino Unido, correo electrónico:
jeremyriveratorrespr@email.com. ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-2289-3032>

cargadas de contenido ideológico. Su originalidad radica en vincular el análisis del discurso militante con el contexto colonial puertorriqueño, un enfoque poco explorado en los estudios sobre la historia reciente en América Latina. El trabajo se basa en fuentes primarias producidas por las propias organizaciones revolucionarias —como el Partido Socialista Puertorriqueño, el PRTP-Macheteros y las Fuerzas Armadas de Resistencia Popular— y en bibliografía secundaria especializada en historia social, marxismo y estudios obreros.

Palabras clave: *lucha armada, clase obrera, colonialismo, socialismo, nacionalismo.*

Armed Militancy and Working-Class Imaginaries in the Puerto Rican left

ABSTRACT

This article examines how Puerto Rican leftist armed organizations during the 1970's constructed the worker as a central revolutionary subject within their political project. Its objectives are to analyze the class imaginaries that sustained this representation, and to understand how the figure of the worker was used to legitimize armed struggle in the context of late colonialism. Based on the analysis of internal documents, manifestos, party newspapers, and ideological publications, the article concludes that the image of the proletariat did not necessarily reflect a concrete social reality but rather an idealized figure embodying values such as sacrifice, discipline, and centrality in production. This representation was key to articulating a collective revolutionary subject, although it often clashed with the real-life trajectories of workers who joined these organizations. The article offers a critical reading of how notions of class are produced within armed political projects, showing that they are not mere reflections of economic structures but ideological constructions. Its originality lies in linking the analysis of militant discourse with the Puerto Rican colonial context, an approach that remains underexplored in recent Latin American historiography. The study draws on primary sources produced by the revolutionary organizations themselves —such as the Puerto Rican Socialist Party, the PRTP-Macheteros, and the Armed Forces of Popular Resistance— as well as on secondary literature specializing in social history, Marxism, and labor studies.

Key words: *Armed Struggle, Working Class, Colonialism, Socialism, Nationalism.*

INTRODUCCIÓN

Durante las décadas de 1970 y 1980, sectores de la izquierda revolucionaria en Puerto Rico adoptaron la lucha armada como vía legítima de confrontación política frente al orden colonial y capitalista. En ese marco, la figura del obrero adquirió un lugar central en los discursos ideológicos y estratégicos de estos grupos, presentándolo como el sujeto histórico por excelencia, portador de una conciencia revolucionaria y destinado a encabezar la transformación socialista y nacional. Sin embargo, esta centralidad no remite necesariamente a una base obrera concreta o a una inserción efectiva en la clase trabajadora, sino a una construcción ideológica que buscaba dotar de coherencia y legitimidad al proyecto político insurgente.

Este artículo analiza los modos en que la izquierda armada en Puerto Rico imaginó y representó al obrero como sujeto revolucionario. A través del examen de materiales propagandísticos y textos formativos se indagan las operaciones discursivas mediante las cuales se produjo esta figura, y se exploran las tensiones entre el obrero idealizado y las condiciones sociales reales de la clase trabajadora puertorriqueña. Se argumenta que el obrero funcionó más como una categoría discursiva que como una descripción empírica, condensando aspiraciones políticas y nacionales en un solo emblema.

La investigación se inscribe en una perspectiva que entiende los imaginarios de clase no como reflejos de estructuras objetivas, sino como herramientas de intervención política y de producción de subjetividad. En el contexto de una izquierda marginal, profundamente vigilada y escindida de los sectores populares, el obrero revolucionario se convirtió en una figura de anclaje ideológico, necesaria tanto para justificar la lucha armada, como para sostener una visión de futuro que condujera a la independencia y una República Democrática de los Trabajadores.¹

¹ El término República Democrática de los Trabajadores (RDT) hace referencia al objetivo final del Partido Socialista Puertorriqueño (PSP). Esta formulación representaba una evolución respecto a la misión inicial del Movimiento Pro Independencia (MPI). En 1963, el MPI postulaba que la pequeña burguesía nacionalista sería la encargada de organizar y dirigir la futura república independiente. En esa etapa, los trabajadores eran concebidos como los creadores de la riqueza mediante su relación con el capital, pero su función se entendía sobre todo como generadora de capital en beneficio de los intereses nacionales —no foráneos—, lo que revela un planteamiento de corte nacionalista. Sin embargo, a partir de 1969, con el proceso de radicalización interna del MPI y su transformación en el PSP, se redefinió el papel de la clase trabajadora: ya no solo como productora de riqueza, sino como sujeto dirigente de la República y del proceso revolucionario. Véase, *Movimiento Pro Independencia (MPI), La Hora de la Independencia, tesis política del MPI*, Misión Nacional, San Juan, Imprenta Comercial, 1963, pp. 70-74.

El análisis parte del supuesto de que toda representación de clase está atravesada por una dimensión política que define qué actores pueden ser considerados legítimos portadores del cambio social. En ese sentido, el obrero no es solo una categoría socioeconómica, sino un significante cargado de contenido moral, histórico y estratégico. En el caso puertorriqueño, donde la estructura colonial impone una relación de dependencia y subordinación política-económica, la construcción del obrero como sujeto revolucionario también opera como una forma de reconfigurar la nación desde una perspectiva de clase.

Esta perspectiva invita a examinar el contenido de los discursos y sus condiciones de enunciación: ¿qué significa postular al obrero como sujeto central de la revolución en un contexto donde las organizaciones armadas carecen de anclaje real en el proletariado? ¿Qué tipo de vínculo se establece entre clase y nación cuando el obrero es más una figura simbólica que un actor efectivamente movilizado? Al problematizar estas cuestiones, el artículo busca contribuir a una comprensión más compleja de los imaginarios revolucionarios en el Puerto Rico contemporáneo.

CONTEXTO HISTÓRICO Y POLÍTICO DE LA IZQUIERDA ARMADA EN PUERTO RICO

A fines de la década de 1960, América Latina vivió una transformación profunda de sus culturas políticas insurgentes. En medio de una crisis del modelo de modernización desarrollista, del agotamiento de las democracias restringidas y del fortalecimiento de los aparatos represivos estatales, diversos sectores juveniles, obreros e intelectuales comenzaron a imaginar la revolución no como una metáfora moral ni como un horizonte lejano, sino como una tarea urgente, posible y, sobre todo, necesaria. El surgimiento de la lucha armada como estrategia legítima fue una respuesta a esa crisis: no representaba únicamente una opción militar, sino un rompimiento con la política pequeñoburguesa, del tiempo histórico y de la subjetividad militante.

Aldo Marchesi ha señalado que en ese proceso se produjo una “radicalización de la política juvenil” que desbordó las formas tradicionales de militancia y reconfiguró la relación entre masas, partido y vanguardia.² En un contexto signado por el triunfo de la revolución cubana, la guerra de Vietnam y la persistente violencia estructural en la región, se volvió hegemónica entre las nuevas izquierdas una lectura de la realidad basada en la necesidad de confrontación directa con el orden imperante. Esa lectura no surgió de una

² Marchesi, *Hacer la revolución: guerrillas latinoamericanas, de los sesenta a la caída del Muro*, pp. 6-12.

copia mecánica de modelos extranjeros, sino de una elaboración situada en experiencias de exclusión, represión y frustración política. Como ha mostrado Pilar Calveiro, los procesos de politización que derivaron en la opción armada fueron inseparables de una lógica de guerra social ya presente en las formas que adoptaba el poder: “el Estado había adoptado desde hacía tiempo una disposición bélica frente a los sectores populares”.³

Así, la violencia revolucionaria no fue simplemente una táctica sino un síntoma de época, que expresaba tanto la descomposición de los mecanismos de mediación institucional como la emergencia de una voluntad política dispuesta a encarnar el conflicto. En esa línea, la lucha armada se inscribió en lo que Vera Carnovale ha descrito como una “temporalidad de la urgencia”, en la que el horizonte de la revolución organizaba la vida cotidiana y reconfiguraba los sentidos del sacrificio, la muerte y el compromiso.⁴ La insurgencia se convirtió en muchos casos en un acto de fe secular, en una forma de habitar el tiempo histórico desde una visión radical.

Pero este ciclo no puede comprenderse al margen de las formas de represión que lo acompañaron y moldearon. Las democracias latinoamericanas del periodo —incluso aquellas formalmente vigentes— comenzaron a desarrollar dispositivos de control social que anticipaban los regímenes de seguridad nacional: vigilancia, infiltración, criminalización del disenso, tortura. Fue precisamente en el marco de la tensión entre democracia formal y prácticas autoritarias que se incubó la legitimación de la represión preventiva, del enemigo interno y de la figura del militante como amenaza al orden establecido. En ese clima, la lucha armada terminó funcionando también como catalizador de respuestas estatales cada vez más violentas, que pusieron en marcha procesos de politización más radicales a los conflictos sociales.

El caso de Puerto Rico, aunque singular por su condición colonial, no fue ajeno a estas coordenadas regionales. Antes de abordar sus particularidades, es necesario recuperar este marco latinoamericano de crisis, radicalización y represión, que permitió imaginar —y justificar— la vía armada como una forma legítima de acción revolucionaria. Ya para 1967, comienzan a surgir en Puerto Rico las primeras expresiones organizadas de guerrilla urbana, como los Comandos Armados de Liberación (CAL) y el Movimiento Independentista Revolucionario en Armas (MIRA).⁵ Estas agrupaciones marcaron una ruptura con las formas tradicionales del nacionalismo insurreccional, como el del

³ Calveiro, *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*, pp. 56-57.

⁴ Carnovale, *Los combatientes: historia del PRTERP (1965-1976)*, p. 41.

⁵ Véase, Rivera, *Violencia política y subalternidad colonial: el caso de Filiberto Ojeda Ríos y el MIRA (1960-1972)*; Irizarry, *CAL: una historia clandestina (1968-1972)*.

Partido Nacionalista en las décadas anteriores, y se inscribieron en una nueva cultura política de tipo socialista, internacionalista y clandestina.⁶

La aparición de estos grupos no respondió a un simple efecto de imitación de modelos externos, sino al impacto concreto de la represión, el desencanto con las vías electorales y el cierre progresivo de canales institucionales para la reivindicación nacional. Como en otros países del Cono Sur, el diagnóstico compartido por una parte de la militancia radicalizada era que el Estado, incluso bajo una fachada democrática, ejercía una violencia estructural que bloqueaba cualquier proyecto emancipador. En el caso puertorriqueño, este bloqueo se intensificaba por el hecho de tratarse de un régimen colonial formalmente negado, pero materialmente operativo.

La década de 1960 estuvo marcada por la desilusión ante el fracaso del Partido Independentista Puertorriqueño (PIP) a través de la vía electoral, el desgaste del nacionalismo cultural y la consolidación de un modelo económico dependiente.⁷ En este contexto, se produjo un acercamiento entre sectores del independentismo y las nuevas corrientes marxistas-leninistas que proliferaban en América Latina. La Revolución cubana funcionó como un catalizador simbólico y estratégico, debido a su éxito militar y la propuesta de una lectura del socialismo adaptada al “Tercer Mundo”, a la vez anticolonial, popular y armada. Como ha planteado Massimo Modonesi, en muchos países de la región la “actualización socialista del nacionalismo revolucionario” derivó en una síntesis política que convirtió la lucha armada en horizonte estratégico de ruptura.⁸

Los CAL y el MIRA asumieron esa orientación desde una lógica de autodefensa y propaganda armada; aunque su capacidad operativa era limitada, su existencia marcó un punto de inflexión: el independentismo en armas ya no era el sombrío recuerdo de 1950, sino una posibilidad presente.⁹ A diferencia

⁶ El Partido Nacionalista de Puerto Rico, bajo el liderazgo de Pedro Albizu Campos, concibió la lucha armada como un instrumento del nacionalismo insurreccional, orientado a despertar la conciencia patriótica y movilizar a las masas contra la dominación colonial estadounidense. Esta estrategia incluyó actos de lucha armada como los atentados de 1950 en varios pueblos de la isla, el ataque al Capitolio federal en 1954, y asesinatos políticos, entre ellos los de Francis Riggs, el atentado al gobernador Blanton Winship y otro contra Santiago Iglesias Pantín. Véase, Dávila Marichal, *¡Viva la República! Pedro Albizu Campos y la insurrección nacionalista*.

⁷ Padilla, *La transformación ideológica del Partido Independentista Puertorriqueño (1967-1973)*, p. 35.

⁸ Modonesi, *Subalternidad, antagonismo, autonomía: marxismo y política en América Latina*, p. 94.

⁹ En 1950, el Partido Nacionalista intentó llevar a cabo una insurrección armada contra el estado colonial, con el objetivo de internacionalizar la causa independentista puertorriqueña. La revuelta fue rápidamente sofocada por la Guardia Nacional y la Policía, más de 10,000

del nacionalismo clásico, estas agrupaciones se orientaban por una racionalidad política más estructurada, influida por el socialismo y los debates en torno a la guerra popular y la guerra de guerrillas. Su objetivo era articular la lucha de masas, procurando que la acción armada respondiera, de alguna manera, a las demandas populares y contribuyera a generar apoyo social.

Sin embargo, su emergencia también confirmó que la radicalización política no era posible sin enfrentar simultáneamente al cerco represivo. La respuesta del Estado a estas primeras acciones fue inmediata: arrestos, vigilancia, infiltraciones y el reforzamiento de la colaboración entre la policía local y agencias federales como el FBI.¹⁰ Como ha señalado Raúl Zibechi, los movimientos que optaron por la vía armada en este periodo “fueron asediados por un aparato de contrainsurgencia moldeado en las escuelas de guerra contrarrevolucionaria del Pentágono”.¹¹ Puerto Rico no fue la excepción: su rol geoestratégico como enclave militar estadounidense en el Caribe convirtió al archipiélago en un laboratorio de vigilancia y control social a través de programas de contrainteligencia como el *Counter Intelligence Program* (COINTELPRO) y operativos clandestinos de la *Central Intelligence Agency* (CIA).¹²

Estas condiciones inauguraron un ciclo de politización armada que se profundizaría en la década de 1970, cuando comenzaron a operar nuevas organizaciones revolucionarias con estructuras más complejas, marcos ideológicos definidos y un trabajo político estrechamente articulado con sectores obreros, estudiantiles, comunitarios e incluso internacionales. Entre ellas se destacan los Comandos Revolucionarios del Pueblo (CRP), las Fuerzas Armadas de Resistencia Popular (FARP), el Partido Revolucionario de los Trabajadores Puertorriqueños-Ejército Popular Boricua (PRTP-EPB Macheteros), Organización de Voluntarios por la Revolución Puertorriqueña (OVRP), así como los Comités Obreros Revolucionarios (COR). A estas se sumaron estructuras semi-clandestinas con mayor visibilidad pública, como la Liga Socialista Puertorriqueña (LSP), el Partido Socialista Revolucionario (PSR) y el Movimiento Socialista Popular (MSP), que también adoptaron, en distintos momentos y grados, elementos de la lucha armada.

Estas organizaciones de guerrilla urbana se movían dentro de la lógica de la “guerra popular prolongada”, una estrategia inspirada en las experiencias de Vietnam, China, Argelia y otros países latinoamericanos, que concebían la lucha armada no como un proceso mecánico como la visión guevarista, sino

simpatizantes y dirigentes fueron arrestados en los días siguientes. Véase, Seijo Bruno, *La insurrección nacionalista en Puerto Rico*, 1950.

¹⁰ Véase, Paralitici, *La represión contra el independentismo puertorriqueño: 1960-2010*.

¹¹ Zibechi, *Territorios en resistencia: cartografía política de las periferias latinoamericanas*, p. 87.

¹² Blanco-Rivera, Custody, *Provenance and Meaning in the Context of State Intelligence Records: The Case of Las Carpetas in Puerto Rico*, pp. 657-673.

como una práctica sostenida en el tiempo, combinada con trabajo político y social.¹³ En este marco, la acción militar —sabotajes, expropiaciones, atentados selectivos— debía insertarse en un proceso de acumulación de fuerzas desde las bases, con la meta de erosionar la legitimidad del régimen colonial y crear condiciones para una insurrección generalizada.¹⁴

Sin embargo, el punto de partida de este ciclo estuvo desde 1967, cuando sectores de la juventud independentista comenzaron a articular políticamente la necesidad de recurrir a la lucha armada como única vía para alcanzar la independencia. La independencia, bajo esta lectura, ya no era concebida como una aspiración legalista o diplomática, sino como el producto de una confrontación directa con el poder imperial-económico y sus aliados locales.

Uno de los desplazamientos más significativos de esta nueva etapa fue la redefinición del sujeto revolucionario. A diferencia del nacionalismo clásico —que había depositado sus esperanzas emancipadoras en la pequeña burguesía nacional, considerada como clase portadora de un proyecto histórico de soberanía— las organizaciones revolucionarias del periodo comenzaron a privilegiar la lucha de clases como eje central de su política. En esta nueva concepción, era el proletariado, y en particular el obrero industrial, el único sujeto históricamente capaz de liderar el proceso revolucionario. Esta visión no excluía el componente nacional, pero lo subordinaba —eso intentó— a una perspectiva de revolución socialista, entendida como condición necesaria para la independencia.

Este giro no surgió de un vacío, formaba parte del proceso más amplio de reconfiguración ideológica e identitaria que marcó lo que César Andreu Iglesias denominó la “nueva lucha por la independencia”, en la que diversos sectores de la izquierda comenzaron a articular las aspiraciones nacionalistas con matrices marxistas, reconociendo en la lucha de clases el motor principal de la transformación histórica y como manera de aglutinar las masas.¹⁵ Este proceso

¹³ Este cambio de referencia teórica y estratégica se explica por la necesidad de adaptar la lucha revolucionaria al contexto puertorriqueño, urbano, colonial y con recursos militares limitados, donde la estrategia de guerrilla rural propuesta por el Che Guevara resultaba poco viable. Un intento de aplicar este modelo tuvo lugar en 1964 con el Movimiento Armado Puertorriqueño Auténtico (MAPA), una organización guerrillera de corta duración que buscaba establecer un foco rural en la zona oeste de la isla, replicando la experiencia cubana. Sin embargo, el grupo fue rápidamente desarticulado tras un operativo policial. A raíz de esto, las organizaciones armadas locales se inclinaron por experiencias más adaptables, inspirándose en los análisis y prácticas de movimientos latinoamericanos urbanos como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile, los Tupamaros en Uruguay, o el PRT-ERP en Argentina, los cuales combinaban acción política, movilización popular y estructuras clandestinas más flexibles.

¹⁴ Corretjer, *Problemas de la guerra popular en Puerto Rico*, pp. 10-19.

¹⁵ Pabón, *Ilusión y ruinas: imaginarios de izquierda en Puerto Rico desde los setenta*, pp. 15-16.

de transformación ideológico llevó al surgimiento de nuevas organizaciones, formas de lucha y a su vez debates intelectuales en torno al que hacer frente a la crisis del colonialismo en Puerto Rico.

Este giro clasista no fue solamente ideológico; implicó una transformación práctica en las formas del quehacer político de las organizaciones armadas, que comenzaron a desplegar una intensa labor de propaganda, trabajo sindical y comunitario en fábricas, universidades y barrios populares. Desde allí, se buscaba construir las condiciones para una eventual revolución socialista que llevaría a la independencia.

LA CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO OBRERO EN LOS DISCURSOS REVOLUCIONARIOS

En 1967, los CAL y el MIRA se perfilaban como los principales exponentes de la vía armada en Puerto Rico. Ambas organizaciones adoptaron la guerrilla urbana como nuevo modo de lucha, en respuesta a la creciente radicalización de distintos sectores de la sociedad puertorriqueña y al inicio de un proceso de transformación ideológica dentro de la juventud del PIP. Este giro los llevó a coquetear con el socialismo y a vincularse con la clase obrera y sectores populares, rompiendo con la tradición demócratacristiana.¹⁶

En paralelo, el Movimiento Pro-Independencia —organización política que dirigió a los CAL— comenzaba a transitar de un nacionalismo tradicional hacia una perspectiva socialista, adoptando progresivamente los postulados del marxismo-leninismo como guía para la lucha.¹⁷ Esta reorientación ideológica no solo impactó la práctica de propaganda armada llevada a cabo por los CAL, sino que implicó también un giro estratégico: el sabotaje dejó de concebirse exclusivamente como medio para provocar una crisis en el orden colonial-capitalista, y pasó a inscribirse dentro de un proyecto político más amplio que colocaba al obrero en el centro de la transformación revolucionaria.¹⁸

Los CAL articularon sus operativos con las luchas concretas de la clase trabajadora, especialmente tras el aumento de huelgas desde 1969, como la de *General Electric*. Participaron activamente en enfrentamientos laborales apoyando a los obreros en acciones directas contra rompeshuelgas y fuerzas policiales, e incluso en sabotajes dirigidos a la infraestructura fabril. Este proceso de creciente identificación con el proletariado como sujeto

¹⁶ Padilla, *La transformación ideológica del Partido Independentista Puertorriqueño (1967-1973)*, pp. 3-5.

¹⁷ Entrevista a Pedro Grant en el documental “Dialogando sobre independentismos”, parte XVI (1890-1980).

¹⁸ Irizarry, *CAL: una historia clandestina (1968-1972)*, pp. 83-90.

revolucionario quedó reflejado desde mediados de 1968 en una entrevista al dirigente Alfonso Beal, publicada en la revista *Tricontinental*.¹⁹

En el Cono Sur, el marxismo-leninismo no se reprodujo como una copia fiel de los modelos soviético o chino, sino que fue reinterpretado y mezclado con elementos nacionales, dando origen a una identidad revolucionaria propia. Esta síntesis ideológica combinó el antiimperialismo con la experiencia histórica del castrismo, asumiendo que la guerra de guerrillas —adaptada a las condiciones sociales, geográficas y culturales de cada país— era la vía estratégica para la revolución. Organizaciones como el MIRA y los CAL adoptaron este enfoque pero con un fuerte rasgo nacionalista y popular, donde la lucha armada se concebía como parte de un proceso más amplio de transformación social.

En este marco, el marxismo-leninismo se configuró como una matriz ideológica flexible, que absorbía aportes de distintas tradiciones revolucionarias (como el trotskismo y el maoísmo), pero las subordinaba a una estrategia concreta de guerra popular y construcción de poder desde una visión nacional.²⁰ Esta matriz combinaba la lucha de clases con un horizonte antiimperialista, donde la revolución nacional y la revolución socialista se concebían como procesos simultáneos. Así, el marxismo-leninismo del Cono Sur adquiría rasgos de un nacionalismo revolucionario, capaz de interpelar a sectores amplios de la población más allá de la clase obrera.

En Puerto Rico, la articulación entre marxismo-leninismo, lucha armada y movimiento obrero asumió un cauce particular debido a la condición colonial del archipiélago. La dependencia política, económica y cultural respecto a Estados Unidos configuraba un escenario singular, en el que cualquier proyecto revolucionario debía confrontar no solo las estructuras de poder locales, sino también la presencia y los intereses de una potencia extranjera. Este contexto reforzaba la dimensión antiimperialista del marxismo-leninismo adoptado en Puerto Rico y orientaba sus estrategias y discursos, integrando la lucha nacional con los objetivos socialistas en un marco donde la soberanía formal estaba ausente.

El ingreso del movimiento obrero en la escena nacional, a finales de la década de 1960, fue un factor decisivo en las transformaciones políticas que atravesó el MPI. Entre los episodios más significativos se encuentra la huelga de los trabajadores de *General Electric* en Palmer (Río Grande), llevada a cabo entre 1969 y 1970, cuya intensidad y alcance marcaron un punto de inflexión, donde los CAL asistieron a los obreros para sabotear las instalaciones y los sistemas de enfriamiento. A partir de la victoria de los obreros de la

¹⁹ Cúneo, “Entrevista a Alfonso Beal. No somos el brazo armado de una organización determinada”.

²⁰ Mangiantini y Díaz, *De la Revolución cubana al Cordobazo: el trotskismo argentino frente a la lucha armada (1959-1969)*, pp. 41-67.

General Electric, el MPI comenzó a desarrollar un trabajo sindical sistemático, articulando su militancia con los conflictos obreros.²¹

A su vez, el MIRA, pese a que la mayoría de sus acciones estuvieron dirigidas a objetivos militares o fueron claramente actos de sabotaje contra el capital foráneo como forma de propaganda armada, realizó una acción militar en las oficinas de *General Electric* en Río Piedras en apoyo a los trabajadores en huelga, luego de observar cómo los CAL comenzaban a insertarse en el movimiento obrero. En un comunicado el MIRA señala lo siguiente:

El MIRA quiere hacerle llegar su militante solidaridad y apoyo armado a los obreros en huelga contra la empresa imperialista *General Electric*. (...) Cuando los obreros de la fábrica de la *General Electric* se fueron a la huelga exigiendo lo suyo, ¿qué hizo la administración colonial del entreguista Ferré? Salir en defensa de los explotadores extranjeros, contra los obreros puertorriqueños; usar la brutal fuerza represiva de la policía colonial para macanear, arrestar y encarcelar obreros: ese es el verdadero carácter violento de las clases explotadoras que oprimen a nuestro pueblo; esa es la verdadera dictadura de clases que pretenden disfrazar con cantos democráticos.²²

Pese a esto, la mayoría de las acciones del MIRA estuvieron dirigidas al sabotaje contra el capital y a realizar atentados contra estructuras militares del ejército de los Estados Unidos. Nunca llegaron a formular o desarrollar una política obrera, ni una visión elaborada del “obrero”, debido a que un operativo policial, complementado por una división interna en torno a las nuevas formas de organización y a diferencias ideológicas, condujo a la ruptura de la organización y a la reconfiguración de esos sectores en otros espacios de lucha de la izquierda armada o semi-clandestina.²³

Un año más tarde, los CAL jugaron un papel importante en otra huelga emblemática: la del periódico *El Mundo*. En apoyo a los trabajadores en paro, sabotearon tres helicópteros usados por la empresa para distribuir ejemplares y transportar rompneuclgas. Su intervención fue clave para el éxito de la huelga

²¹ Agosto, *Lustro de Gloria*, p. 36.

²² Schneider, *Tensiones irresueltas en la guerrilla puertorriqueña: el caso del Movimiento Independentista Revolucionario en Armas (MIRA)*, p. 145.

²³ Dentro de la división del MIRA, una facción fundó el Partido Socialista Revolucionario (PSR-ML), liderado por Narciso Rabell Martínez; la otra optó por reagrupar sus cuadros y orientarlos hacia un proceso organizativo más pausado, centrado en la expropiación de dinero y armas como preparación para una futura estructura armada. Esta última se organizó inicialmente en círculos de trabajo y publicó la revista *El Martillo*; eventualmente conformaron los Comités Obreros Revolucionarios (COR). Véase, Schneider, *Tensiones irresueltas en la guerrilla puertorriqueña: el caso del Movimiento Independentista Revolucionario en Armas (MIRA)*, pp. 146-149.

y fortaleció aún más su vínculo con el movimiento obrero, generándole apoyo entre los sectores que su discurso buscaba impulsar. El líder sindical, Alfredo González, expresó públicamente su agradecimiento:

Podemos asegurar en este momento, que, si no hubiese sido por el respaldo que nos brindaron los militantes del PIP, de los CAL, del Partido Socialista, sin ese respaldo, compañeros trabajadores, no hubiera sido posible este triunfo sobre este poderoso pulpo. De modo, que la próxima vez que tengamos huelga, no esperaremos a que ustedes vengan a respaldarnos. Iremos nosotros a solicitar el respaldo de ustedes.²⁴

Este episodio refleja cómo, en los CAL, comenzó a superarse el aislamiento que había caracterizado a muchas de las organizaciones armadas en sus primeras etapas. A través de su participación activa en conflictos laborales, lograron articular la lucha armada con las demandas inmediatas del movimiento obrero y comenzar a gestar un apoyo popular por parte de las masas. De algún modo, los CAL empezaban a romper con la lógica de las acciones armadas concebidas como gestos de “vanguardia” aislada, buscando en cambio construir legitimidad a través de su intervención directa en luchas sociales. Esta estrategia se complementaba con una proyección política más amplia, articulada mediante su organización política, MPI y su vinculación con *Claridad*.

En ese clima de efervescencia social y radicalización política, durante la jornada del 1 de mayo de 1971, Juan Mari Brás anunció en *Claridad* la decisión del MPI de transformarse en un partido obrero dado a las experiencias positivas con el movimiento obrero. Esta redefinición se formalizó meses después, en la Octava Asamblea Nacional, con la fundación del Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), donde se aprobó la declaración general donde se organizaban “para la toma del poder”.²⁵ Para esto el partido comenzó a instaurar una estructura interna y centralizada “el ejército popular”, utilizándola para intervenir en huelgas obreras que el partido apoyó directamente sin reclamar las acciones. Como ha señalado Guillermo Morejón, “el PSP discontinuó las siglas CAL y se limitó a apoyar públicamente las acciones armadas sin asumir su autoría, y trató de generalizar las tareas militares entre la militancia en vez de centralizarlas en grupos reducidos y proyectarlas como obra de una guerrilla urbana profesional, como ocurría anteriormente”.²⁶

Según los dirigentes del PSP, las acciones armadas de los CAL estaban fundamentadas en una concepción de la lucha vinculada al nacionalismo

²⁴ *Claridad*, 26 de septiembre de 1972.

²⁵ Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), *Declaración General*, pp. 55-56.

²⁶ Morejón, *La “guerra necesaria”: el Partido Socialista Puertorriqueño (PSP) y la lucha armada, 1971-1977*, pp. 3-4.

insurreccional, que ya no coincidía con los principios del marxismo-leninismo adoptados por el partido como línea estratégica. El énfasis ya no estaba únicamente en el sabotaje, sino en desarrollar la capacidad de articular la lucha clandestina con formas abiertas de confrontación. En este marco, se insistía en la preparación de todos los militantes para que, cuando las circunstancias lo exigieran, pudieran “saltar rápida y eficazmente de la lucha abierta a la clandestina (...) y responder a la violencia represiva del régimen con la violencia revolucionaria”.²⁷

Aunque los CAL incorporaban un lenguaje centrado en la explotación de la clase obrera, su discurso no planteaba explícitamente la abolición del capitalismo ni una estrategia orientada a la lucha de clases como eje central. A pesar de identificarse con el proletariado, la prioridad seguía siendo la lucha anticolonial, que subordinaba —o al menos desplazaba— el conflicto de clase a un marco nacionalista. Esta tensión se expresa claramente en uno de sus comunicados:

Nuestro Instituto Armado considera como uno de sus deberes fundamentales la solidaridad activa de nuestra explotada clase obrera. El obrero boricua, creador de las riquezas que nos usurpan los extranjeros, hay que respetarlo; las luchas que por mayores reivindicaciones lleva a cabo nuestro proletariado son un aliciente para todos los Comandos —muchos somos integrantes de la clase trabajadora— y reafirmamos nuestro compromiso de cooperar con todo lo que esté a nuestro alcance con las luchas obreras.

El obrero es reconocido como motor productivo de la economía, pero su papel político permanece enmarcado dentro de una lógica nacionalista que privilegia la liberación nacional por encima de la abolición del capital. En lugar de desarrollar una crítica sistemática al modo de producción capitalista, el discurso de los CAL desplazaba el origen de la explotación hacia lo externo —los “extranjeros” que usurpan las riquezas—, reafirmando así una lectura donde la dependencia colonial prevalece sobre el conflicto de clase. De igual forma, su discurso tendía a movilizar a sectores de la pequeña burguesía, presentando una defensa del “capital nacional” frente a las amenazas que representaban las megatiendas y el capital transnacional.²⁸

En su esfuerzo por lograr una inserción efectiva en el movimiento obrero y formular una política revolucionaria coherente, el PSP apostó por una fuerte delimitación ideológica frente a la burguesía imperialista, la burocracia

²⁷ Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), *Declaración General*, p. 91.

²⁸ Schneider, “La lucha por la independencia de Puerto Rico: La experiencia de los Comandos Armados de Liberación (1967-1972)”, pp. 78-79. Véase también: Pabón, *Ilusión y ruinas: imaginarios de izquierda en Puerto Rico desde los setenta*, pp. 355-356.

sindical y las corrientes reformistas. Al mismo tiempo, valoró las experiencias combativas que comenzaron a multiplicarse tras la huelga de la *General Electric*, considerándolas indicios de una creciente radicalización de la clase trabajadora y el comienzo de una visión clasista desde los sindicatos.

Uno de los ejes fundamentales de este programa era el mantenimiento de una estructura armada —heredera de los CAL— pero reorientada hacia el apoyo explícito a conflictos huelgarios, en especial en los llamados “sectores estratégicos” del proletariado. Esta categoría se refería principalmente a los trabajadores industriales de la petroquímica *Commonwealth Oil Refining Company, Inc.* (CORCO), considerados como el segmento con mayor capacidad de paralizar sectores estratégicos de la economía colonial.²⁹ La estrategia del PSP priorizaba, entonces, la concentración de esfuerzos organizativos y militantes en estos espacios, apostando por su potencial para detonar una ofensiva revolucionaria con base obrera.

La política obrera del PSP se centraba en la formación de un liderazgo proletario con conciencia revolucionaria, capaz de elevar el nivel político del movimiento sindical. Como señalaban: “Lo importante es fomentar el desarrollo de un auténtico liderato obrero, con plena conciencia de clase revolucionaria, que empuje adelante un combativo movimiento obrero”.³⁰ Esta apuesta no partía de una idealización del sindicalismo existente, sino del reconocimiento de su fragilidad ideológica. Por eso, afirmaban que “los sindicatos obreros serán revolucionarios y fieles a los intereses de la clase obrera en la medida en que podamos desarrollar una conciencia política revolucionaria en aquellos obreros con potencialidades de liderato que hay en cada fábrica en Puerto Rico”.³¹ El objetivo final era unificar las luchas dispersas en un sindicato único que permitiera la creación de una Central Sindical.

En consonancia con esta estrategia, el partido —a través de su Secretaría de Asuntos Obreros y Sindicales (SAOS)— impulsó la formación de una Central Única de Trabajadores (CUT), concebida como un instrumento capaz de aglutinar fuerzas proletarias bajo una dirección política socialista. El intento más concreto de materializar esta orientación fue el Movimiento Obrero Unido (MOU), diseñado como plataforma de unificación sindical con una perspectiva claramente clasista.³²

Además del MOU, el PSP inició una escuela de formación de cuadros y de discusión política entre dirigentes sindicales, obreros y miembros del propio

²⁹ Entrevista a Juan Mari Brás en el documental “Dialogando sobre independentismos”, parte XIV, XV y XVI (1890-1980), [DVD], 2006.

³⁰ Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), *El Proletario*, año 1 núm 3, p. 18.

³¹ *Ibid.*, p. 19.

³² Véase, Arbona y Núñez, *Pedro Grant. La vida una lucha, una lucha la vida: memorias de un líder sindical*.

partido, conocida como el Congreso de Trabajadores Socialistas. El primero se celebró en 1972; en su discurso inaugural, Julio Vives Vázquez abordó el tema de la CUT y la propuesta del PSP:

Una de las características fundamentales de esta central obrera será la existencia de la más amplia democracia interna tanto en las uniones miembros como en lo que respecta a la participación de esas uniones en los diversos organismos directivos. Esta central sindical tendrá, además, una clara orientación anti-colonial anti-imperialista y luchará, junto con las organizaciones patrióticas y revolucionarias por la transformación de la sociedad puertorriqueña y la construcción del socialismo.³³

Esta intervención de Vives Vázquez deja en evidencia el objetivo estratégico del PSP de construir una alternativa sindical que rompiera con las estructuras tradicionales del movimiento obrero, muchas veces cooptadas por lo que el partido denominaba la “burocracia sindical” y los intereses “reformistas”. El Congreso buscaba articular ideológica y sindicalmente a los líderes obreros “más avanzados”, con el propósito de transformar la visión institucional de los sindicatos y superar las luchas meramente “economicistas”, centradas en reformas y mejoras materiales inmediatas. En su lugar, se aspiraba a forjar una clase trabajadora con mayores niveles de conciencia y combatividad.

Como parte de esa estrategia, el PSP emprendió una campaña contra lo que denominó “colonialismo sindical”, al cuestionar la hegemonía de las uniones foráneas dentro del movimiento obrero local y las ataduras políticas a los Estados Unidos. Esta postura, sin embargo, reveló tensiones internas en el MOU, pues buena parte de sus sindicatos afiliados respondían a estructuras sindicales estadounidenses, evidenciando una contradicción inherente entre el discurso nacionalista del PSP y la composición real del movimiento obrero.

Dicha postura sobre el “colonialismo sindical” es reafirmada por el Secretario de Asuntos Obreros y Sindicales, Ángel Agosto, quien mencionaba la necesidad de un movimiento obrero unificado y explícitamente puertorriqueño —en referencia a las uniones— Agosto plantea:

La realidad es que existe un horrible colonialismo sindical contra el que el partido de la clase obrera tiene que trazar una línea de acción. Es un aspecto del sistema capitalista colonial existente en Puerto Rico y una manifestación del saqueo imperialista de que somos víctimas los trabajadores.³⁴

Agosto denunciaba que “la mitad de los trabajadores organizados están afiliados a uniones norteamericanas”, lo cual sometía al movimiento obrero

³³ Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), Congreso de Trabajadores Socialistas, pp. 26-27.

³⁴ *Claridad*, 6 de marzo de 1972.

puertorriqueño a una estructura sindical foránea, financiada mediante el cobro de cuotas. Esta crítica se inscribía en un momento de reemergencia del discurso nacionalista dentro del PSP —heredado del MPI—, que planteaba la necesidad de construir instituciones propias como condición para la liberación nacional, incluyendo una central única de trabajadores como alternativa soberana frente al llamado “colonialismo sindical”. Raúl Guadalupe señala que la función del PSP fue “dar la batalla contra las uniones internacionales”, con un discurso frontal que generó rupturas dentro del MOU.³⁵

El PSP sobrestimó la capacidad organizativa y los recursos económicos de las uniones internacionales, al mismo tiempo que desestimó la posibilidad de transformarlas desde dentro mediante el impulso de liderazgos sindicales progresistas. Además, al no considerar que los trabajadores más organizados se encontraban precisamente en esas uniones, su postura, a parte de dejar pasar una oportunidad estratégica para fomentar un auténtico liderato obrero, llevó a divisiones entre los líderes sindicales socialistas y los no socialistas.³⁶ Al privilegiar el discurso nacionalista, el partido —según Raúl Guadalupe— “tronchó la posibilidad de una política centrista”.³⁷

En este marco, el partido reprodujo una concepción idealizada del cuadro obrero como un militante profesional, disciplinado y con pasado fabril, cuya dedicación total a la organización política se convertía en un criterio de legitimidad. Esta abstracción dificultó el acceso de los obreros reales —cuyas condiciones materiales no permitían una militancia de alta intensidad— a los órganos de dirección.³⁸ Se configuró así un conflicto interno entre los militantes “proletarizados”, formados desde círculos universitarios o de clases medias, y los obreros provenientes directamente del seno de la clase trabajadora.³⁹

No obstante, uno de los límites fundamentales del PSP fue su intento de dirigir la vida sindical desde la comisión política, sin reconocer cabalmente la debilidad estructural de las uniones independientes frente a las federaciones foráneas y, a su vez, sin priorizar los intereses concretos de la clase obrera por encima de los objetivos estratégicos del partido.⁴⁰ Esta orientación condujo a

³⁵ Guadalupe, *Sindicalismo y lucha política: apuntes históricos sobre el movimiento obrero puertorriqueño*, pp. 210-213.

³⁶ Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), *La alternativa socialista: Tesis política del PSP*, p. 183.

³⁷ Guadalupe, *Sindicalismo y lucha política: apuntes históricos sobre el movimiento obrero puertorriqueño*, pp. 216-217.

³⁸ Entrevista a Pedro Grant en el documental “Dialogando sobre independentismos”, parte XVI (1890-1980), [DVD], 2006.

³⁹ Barraza, *¡A las fábricas! Un análisis de la militancia fabril y la proletarianización de los militantes de Política Obrera, Argentina (1965-1975)*, pp. 19-20.

⁴⁰ Testimonio de Ricardo Santos Ramos, conferencia “Memoria Roja: a 50 años de la conmemoración del 1 de mayo (1950-2021)”, [YouTube], Puerto Rico.

errores importantes: al intentar subordinar la autonomía sindical a la lógica partidaria, el PSP provocó tensiones y divisiones internas incluso dentro del propio MOU, debilitando así el frente obrero que aspiraba a consolidar. Este error se vinculaba a una lectura optimista de la coyuntura histórica, pues, según Raúl Guadalupe, el partido interpretaba la agudización de las luchas sociales entre 1969 y 1972 como el comienzo de un periodo “pre-revolucionario”. De esta convicción surgió la transformación del MPI en PSP y el proyecto de crear una CUT que canalizara y dirigiera ese ascenso obrero.⁴¹

El PSP alcanzó un momento de consolidación organizativa, resultado de varios años de acumulación política en el terreno sindical, comunitario y armado, orientada hacia los sectores proletarios. Este proceso de expansión llevó a la dirección partidaria a contemplar la vía electoral como táctica para ampliar su proyección ideológica y disputar la hegemonía en el campo de la izquierda.⁴² Para 1976, el partido evaluaba que su participación en el escenario electoral podía no solo reforzar su visibilidad pública, sino también posicionarlo como principal referente opositor al régimen colonial-capitalista, desplazando al PIP de ese lugar histórico.

Este viraje hacia lo electoral generó una disputa interna entre dos sectores del partido: uno que respaldaba la táctica institucional como vía complementaria, y otro que advertía el peligro de diluir la estrategia revolucionaria. El conflicto derivó en una fragmentación de sus cuadros más avanzados y en la eventual disolución del “ejército popular”, que el PSP había intentado construir desde su fundación. Como consecuencia de este revés, numerosos militantes con formación política-militar se integraron a otras organizaciones de la izquierda armada que estaban surgiendo o consolidándose en ese momento.⁴³

La disolución del eje político-militar del PSP no supuso el cierre del ciclo de lucha armada. Por el contrario, hacia fines de la década de 1970 comenzaron a consolidarse nuevas organizaciones que retomaron la vía revolucionaria desde una perspectiva más orgánica, con fuerte anclaje —dentro de lo posible— en el marxismo-leninismo y en una estrategia de guerra popular prolongada. Entre ellas destacan las Fuerzas Armadas de Resistencia Popular (FARP), los Comandos Revolucionarios del Pueblo (CRP) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Puertorriqueños, junto a su ala militar, el Ejército Popular Boricua-Macheteros (PRTP-EPB), entre otras organizaciones.

Los CRP, desde sus inicios, surgieron como una escisión del proyecto del PRTP-EPB, motivada por la necesidad de enfocar los esfuerzos armados en

⁴¹ Guadalupe, *Sindicalismo y lucha política: apuntes históricos sobre el movimiento obrero puertorriqueño*, p. 87.

⁴² Morejón, *Armando la “nueva lucha”: continuidades y rupturas de la lucha armada en Puerto Rico en los años setenta*, pp. 14-15.

⁴³ Agosto, *Lustro de gloria*, p. 180.

operativos de menor escala, con mayor frecuencia, y articulados directamente con el trabajo político en centros de trabajo y espacios estudiantiles.⁴⁴ Esta concepción táctica y organizativa no era nueva: se nutría de la experiencia previa de los Comités Obreros Revolucionarios (COR), organización matriz de la que eventualmente emergería el PRTP-EPB, y que había planteado tempranamente la necesidad de integrar lucha armada y militancia en el seno de la clase obrera.⁴⁵

A diferencia de otras experiencias revolucionarias en América Latina, donde la lucha armada emergió en contextos marcados por economías agrarias y una clase obrera industrial débil o concentrada en zonas urbanas específicas, las FARP identificaban en Puerto Rico una realidad distinta. Si bien persistían las estructuras coloniales, la implantación del capital transnacional había dado lugar a una sociedad más compleja, con relaciones económicas y sociales propias de formaciones capitalistas y neocoloniales.⁴⁶ Dentro de esa coyuntura, las FARP, al igual que los CRP, no intentaron construir una organización política que dirigiera directamente al movimiento obrero. Apostaron por un rol de apoyo auxiliar a las luchas sociales, confiando en que la acción armada, selectiva y de carácter propagandístico, contribuiría a elevar la conciencia de clase y el nivel de confrontación.⁴⁷ Si bien contaban con trabajadores y dirigentes sindicales en sus filas, no intervinieron políticamente en estructuras gremiales, ni articularon una política obrera sostenida que permitiera proyectar un frente sindical propio vinculado a la estrategia de la organización.

Pese a que las FARP no buscaban la creación de un partido político clandestino, sí se conoce que tenían estrechas relaciones con el MSP, e incluso en algunas ocasiones realizaron operativos junto a militantes de dicha organización.⁴⁸ Las FARP tenían una visión del “obrero moderno” que se diferenciaba de la visión del PSP, e incluso del PRTP. Las FARP abordaban la cuestión nacional para construir su propia concepción del “nuevo obrero”, al que había que apelar mediante un discurso revolucionario y, por ende, a través de la lucha de masas:

Los trabajadores de los sectores de servicio y comercio constituyen un por ciento altísimo de la fuerza trabajadora. La burocracia gubernamental es gigantesca, y el porcentaje de trabajadores del Estado —incluyendo las empresas estatales (comunicaciones, transporte, electricidad y otras)— es una de las características propias de esta sociedad colonial-industrial (...). Sin embargo, la estructura

⁴⁴ Entrevista a Hilton Fernández Diamante, 2023.

⁴⁵ Schneider, *La lucha armada por la independencia de Puerto Rico (1960-1985)*, pp. 20-21.

⁴⁶ Fuerzas Armadas de Resistencia Popular (FARP), *Urayoán*, año 2, núm 8, 1979, pp. 12-13.

⁴⁷ Fuerzas Armadas de Resistencia Popular (FARP), *Urayoán*, año 2, núm. 4, 1979, pp. 8-18.

⁴⁸ Testimonio de Federico Cintrón Fiallo, Archivo Proletario, 2025.

económica y social es de tal naturaleza que las clases trabajadoras están desempleadas en un alto porcentaje, de alrededor del 40%.⁴⁹

Además de proponer una visión novedosa y de contribuir a definir, de una forma u otra, lo que es un “obrero” más allá de la visión ortodoxa, para las FARP, la complejidad de la colonia industrial residía en la existencia de una pequeña burguesía de gran tamaño, o como ellos la llamaban, una “pequeña burguesía intermediaria”. Esta clase funcionaba como socia del imperialismo debido a su falta de relevancia política y económica en comparación con la burguesía imperial y el capital foráneo. Ante este escenario, los conflictos de clase e ideológicos se intensificaban.

Las FARP interpretaban la estructura colonial-capitalista de Puerto Rico desde una perspectiva clasista, donde la clase obrera y las masas asalariadas eran la fuerza central del cambio social. Identificaban como principal enemigo al bloque compuesto por la burguesía imperialista, el gobierno colonial y la pequeña burguesía intermediaria, a la que veían como socia subordinada del capital foráneo. Aunque reconocían que otras clases podían tener contradicciones con el sistema, solo la clase trabajadora tenía, según su análisis, “el potencial histórico de conducir una ruptura revolucionaria y socialista”.⁵⁰

A diferencia del PSP, que veía la necesidad de ser una vanguardia proletaria que dirigiera el proceso histórico, las FARP apostaban por “la dirección obrera como una tarea que debía construirse desde la base, mediante una organización política propia del proletariado”;⁵¹ esta debía mantener su autonomía ideológica dentro de alianzas más amplias, articulando la lucha independentista con una perspectiva socialista.

Como contrapartida, el PRTP aspiraba a constituirse como un partido obrero marxista-leninista con su brazo armado, el EPB, que también buscaba construir una organización política inserta en el seno del movimiento obrero. Concebía al proletariado como el sujeto central del proceso revolucionario y planteaba que “la toma del poder debía ser protagonizada por este sector, mediante una revolución violenta”. En esta estrategia, la lucha armada no se entendía como una acción aislada, sino como parte integral de la “guerra popular prolongada” dirigida por y para la clase trabajadora.⁵²

Aunque el discurso de las organizaciones armadas en Puerto Rico, durante los años setenta, recurría con frecuencia a nociones como “clase trabajadora” y “obrero” como sujetos centrales del proyecto revolucionario, en la práctica,

⁴⁹ Fuerzas Armadas de Resistencia Popular (FARP), *Urayoán*, año 2, núm 8, 1979, pp. 13-14.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 22.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 24-25.

⁵² Partido Revolucionario de los Trabajadores Puertorriqueños (PRTP), *La Voz Obrera*, año 1, vol 1, 1977, pp. 1-4.

la mayoría de estas agrupaciones no desarrollaron una política obrera sostenida ni una inserción orgánica en los centros de trabajo.⁵³ A diferencia del PSP, que desde sus inicios identificó a los trabajadores del complejo petroquímico de la CORCO, ubicado en Peñuelas y Guayanilla, como el “sector estratégico” del proletariado con capacidad real para “dirigir una revolución socialista”, las organizaciones armadas tendieron a construir una imagen más abstracta del sujeto obrero.

En parte, esta ausencia de una política obrera estructurada puede atribuirse al carácter clandestino de estas organizaciones, que limitaba su capacidad para intervenir de forma abierta en los espacios laborales. No obstante, hubo excepciones. El PRTP, por ejemplo, no solo reivindicó la centralidad del obrero en sus textos políticos —planteando que la lucha armada debía desarrollarse como una “guerra popular prolongada” encabezada por la clase trabajadora—, sino que logró una cierta inserción sindical, particularmente en la UTIER y la Unión de Tronquistas. Esta presencia no era meramente retórica: figuras como Jorge Farinacci García, abogado laboral y dirigente destacado del PRTP, encarnaban esa doble militancia política y sindical, lo que le permitió al partido desarrollar vínculos más directos con sectores obreros organizados, tal es el caso de Radamés Acosta quien fue combatiente en el Ejército Popular Boricua (EPB) y a su vez era dirigente de la Unión Nacional de Trabajadores (UNT).⁵⁴

Desde su perspectiva, el PRTP desarrolló una crítica sostenida al carácter ideológico del independentismo tradicional. Aunque reconocía que el movimiento independentista incluía sectores con intereses clasistas y presencia obrera, el PRTP señalaba que sus fundamentos seguían anclados en una concepción idealista de la nación por encima del carácter socialista. Esta tensión es expresada con claridad en uno de sus escritos, donde se afirma:

Es necesario que expresemos con toda candidez, que si bien el movimiento revolucionario, cuyos intereses tienen un contenido clasista y representativo en sus diversas manifestaciones organizativas de la clase obrera de nuestro país, aún padecemos del tradicionalismo idealista en torno a las consignas independentistas.⁵⁵

Con esta crítica, el PRTP denunciaba la persistencia de un imaginario nacionalista hegemónico por sectores de la pequeña burguesía, que

⁵³ Es comúnmente aceptado que el PRTP-EPB contaba con frentes sindicales en la UTIER, la Unión de Tronquistas y la Federación de Maestros de Puerto Rico. Véase, Testimonio de Juan Segarra Palmer, Archivo Proletario, 2024. De igual forma, las FARP contaban con dirigentes en el Gremio Puertorriqueño de Trabajadores y el MOU.

⁵⁴ *Claridad*, 16 de agosto de 2024.

⁵⁵ Partido Revolucionario de los Trabajadores Puertorriqueños (PRTP), *La Voz Obrera*, vol. 4, núm. 1, septiembre, 1980, pp. 11-23.

concebían la independencia como un fin simbólico en sí mismo, desligado de una transformación estructural de las relaciones sociales y económicas. Frente a ello, el partido proponía una relectura de la cuestión nacional desde una perspectiva clasista, en la que la independencia solo podía entenderse como parte inseparable de un proceso revolucionario dirigido por la clase trabajadora. Como señala Juan Camareno, una de las razones fundamentales para la fundación del PRTP como organización político-militar fue precisamente “la inexistencia de una línea política orientada sobre una concepción de una independencia y de un Estado proletario”.⁵⁶

El PRTP se concibe dentro de un marco donde las organizaciones armadas no contaban con una estructura partidaria, por ende, desde una visión leninista, el PRTP razonaba que en el partido se “debía concentrar toda la experiencia histórica de la clase obrera” y, por este motivo, él mismo debía ser la vanguardia que dirigiera el proceso revolucionario y moldeara la política y la estrategia militar a seguir.

La trayectoria del sujeto obrero en los discursos y estrategias de las organizaciones armadas puertorriqueñas de los años setenta revela una tensión persistente entre la centralidad declarada del proletariado y las limitaciones reales para articular una política obrera orgánica. Mientras que, grupos como los CAL, CRP o las FARP, mantuvieron una relación más indirecta o informal con el movimiento obrero, el PSP y, más aún, el PRTP, intentaron construir un proyecto revolucionario enraizado en la clase trabajadora como sujeto histórico concreto —con complicaciones y contradicciones.

Sin embargo, estos esfuerzos se vieron atravesados por múltiples obstáculos: la clandestinidad, las contradicciones entre el nacionalismo y el socialismo, los conflictos internos, y las propias debilidades estructurales del sindicalismo independiente. Aún así, la apuesta por una revolución con base obrera y organización partidaria marxista-leninista, marcó un punto de inflexión en el campo de la izquierda armada en Puerto Rico desde comienzos de la década con organizaciones como la LSP, PSR-ML, PSO-ML y el PSP por nombrar algunos.

EL IMAGINARIO Y LA REALIDAD SOCIAL DEL PROLETARIADO

El discurso de la izquierda armada en Puerto Rico enfrentó múltiples fricciones, no solo por contradicciones ideológicas o por sus tensiones con las organizaciones obreras, sino también por su dificultad para comprender a fondo la realidad socioeconómica que vivía el proletariado durante mediados y finales de la década de 1970. Esta limitación se hace especialmente visible en

⁵⁶ Camareno, *Historia intelectual de la lucha armada clandestina en Puerto Rico (1970-1989)*, p. 89.

la forma en que estas organizaciones definieron e idealizaron la composición de la clase trabajadora, proyectando sobre ella una imagen homogeneizada y esencializada, desvinculada de las transformaciones concretas que atravesaba la estructura laboral del país.

En un momento en que el archipiélago enfrentaba una profunda crisis económica, con tasas de desempleo que alcanzaban el 30%, el discurso revolucionario tendió a replegarse sobre categorías heredadas del marxismo clásico, sin lograr una lectura crítica del nuevo orden colonial-industrial ni de sus consecuencias sociales. Wilfredo Mattos Cintrón advierte que estas organizaciones desarrollaron una concepción de la lucha que subestimó la relevancia simbólica e institucional del régimen democrático-burgués para amplios sectores de la población. Esta desconexión entre estrategia política y realidad social impidió que sus logros operativos se tradujeran en una expresión organizada y coherente del descontento popular, o en una auténtica lucha de masas.⁵⁷

Esta desconexión se agravó por la incapacidad de las organizaciones armadas para descomponer ideológicamente la hegemonía colonial sustentada en los mecanismos del Estado benefactor. Desde la posguerra, y particularmente a partir de la década de 1970, el colonialismo estadounidense en Puerto Rico se afianzó, no solo a través de la dominación política y militar, sino mediante una compleja red de instituciones que garantizaron mínimos de bienestar material, creando así una forma de hegemonía pasiva que cooptó importantes sectores populares. Programas como el PAN, el seguro por desempleo, la asistencia médica y la vivienda subsidiada, no funcionaron únicamente como paliativos frente a la pobreza estructural, sino como dispositivos de integración al orden colonial-capitalista. El régimen de bienestar operó como una de las más eficaces formas de naturalización del colonialismo al estabilizar socialmente la subordinación mediante concesiones materiales sin alterar las estructuras de poder ni el orden político.

Frente a esto, las organizaciones de izquierda armada sostuvieron un discurso de ruptura centrado en la denuncia del colonialismo y la explotación de clase, pero que no logró traducirse en alternativas tangibles para los sujetos que buscaba interpelar. En sus discursos, el problema no era solo la dependencia económica, sino la alienación ideológica que impedía al proletariado percibir su situación como una de sujeción estructural. Sin embargo, esta crítica no logró articular una praxis política que respondiera a las necesidades inmediatas de las clases populares. Muchas de las organizaciones revolucionarias “subestimaron el poder afectivo y simbólico de las ayudas federales”, y no

⁵⁷ Mattos, *El libro, la calle y el fusil*, p. 51; Camareno, *Historia intelectual de la lucha armada clandestina en Puerto Rico (1970-1989)*, pp. 15-16.

ofrecieron un modelo convincente que sustituyera el imaginario de seguridad promovido por el Estado colonial.

El resultado fue una suerte de dislocación entre el horizonte revolucionario y la experiencia cotidiana de los sectores obreros y populares. La insistencia en una ruptura absoluta en lo político, económico y nacional no logró anclarse en las prácticas materiales de supervivencia ni en las aspiraciones inmediatas de una clase trabajadora que, aunque precarizada, había sido incorporada a ciertas dinámicas de consumo y movilidad social relativa. En este contexto, la radicalidad discursiva terminó por parecer abstracta, incluso ajena, frente a una hegemonía colonial que operaba precisamente en el terreno de lo concreto, lo cotidiano y lo inmediato.

CONCLUSIÓN

Las organizaciones armadas en Puerto Rico construyeron una imagen idealizada del obrero como sujeto revolucionario por excelencia. Esta figura, concebida desde una lectura ortodoxa del marxismo, se asentaba en el imaginario del trabajador fabril organizado, consciente de su lugar en el proceso histórico y llamado a dirigir la transformación social. Sin embargo, esta representación ignoró las condiciones concretas de la clase trabajadora en un país colonial y dependiente, atravesado por la desindustrialización incipiente —CORCO, *Ponce Cement*—, la informalidad laboral creciente y una amplia masa de trabajadores absorbida por el aparato estatal. La clase obrera no aparecía como un bloque homogéneo, sino como una formación segmentada, social y políticamente desigual que difícilmente podía articularse como sujeto colectivo sin una mediación organizativa sostenida.

El modelo económico puertorriqueño, más próximo al de una colonia industrial periférica que al de una metrópoli capitalista clásica, requería una lectura más atenta a sus especificidades. La coexistencia de enclaves industriales avanzados, una pequeña burguesía criolla con acceso a circuitos de acumulación, y un Estado que intervenía directamente en la reproducción del trabajo, generó una estructura social más ambigua que la que preveían los esquemas tradicionales de lucha de clases. En ese marco, las estrategias que buscaron organizar un sindicalismo clasista por fuera de las instituciones existentes —como la propuesta de una Central Única de Trabajadores impulsada por el MOU— chocaron con las resistencias propias de un movimiento obrero que, lejos de estar cooptado en bloque, reproducía sus propias formas de autonomía, interés político y social. La denuncia del “colonialismo sindical”, más que abrir un espacio de articulación, profundizó las distancias entre los cuadros revolucionarios y los trabajadores organizados, debilitando la posibilidad de construir una política de alianzas realista.

Al mismo tiempo, la subordinación del discurso nacional al discurso de clase impidió comprender el colonialismo como una estructura que articulaba lo económico y lo político de manera inseparable. La lucha por la independencia no era, en este contexto, una consigna por encima del conflicto de clases, sino una dimensión más de las relaciones de dominación. Sin embargo, la forma en que se configuró el discurso clasista tendió a invisibilizar los lugares intermedios dentro del bloque económico nacional, particularmente el rol de la pequeña burguesía como intermediaria funcional del capital colonial. El esquema binario de capital foráneo *versus* obrero nacional, si bien útil como abstracción, mostró sus límites al momento de pensar en la constitución de un sujeto político, capaz de disputar la hegemonía en un terreno marcado por la segmentación social y la dispersión organizativa dentro de un contexto de crisis económica.

En este escenario, la adopción de la lucha armada bajo el modelo de guerra popular prolongada representó el esfuerzo más radical por construir una estrategia revolucionaria desde la centralidad del proletariado. A diferencia del foquismo, estas organizaciones concibieron la guerra como un proceso largo, acumulativo, que debía anclarse en los centros urbanos y en los sectores productivos estratégicos. Sin embargo, esta formulación trasladaba una matriz teórica externa —el maoísmo reinterpretado desde la periferia— a una realidad que no ofrecía las condiciones sociales para su desarrollo sostenido. La ausencia de una clase obrera cohesionada, el peso del empleo público, la despolitización inducida por la asistencia estatal, y la débil inserción orgánica de las organizaciones en el tejido laboral, produjeron una desarticulación entre la dimensión militar y la dimensión política del proyecto revolucionario. En más de un caso, el destacamento armado terminó ocupando el lugar del sujeto que aún no se había constituido, encarnando una vanguardia sin base material ni social firme.

La lucha armada, lejos de operar como catalizador de nuevas formas de politización, funcionó muchas veces como un acto anticipatorio: una puesta en escena de una revolución aún imposible, sostenida por una voluntad que no lograba traducirse en organización de las masas. La imposibilidad de construir una hegemonía desde abajo no fue sólo una falla táctica, sino el síntoma de una lectura limitada de las relaciones sociales en una colonia industrializada. El Estado benefactor, con su capacidad para organizar la reproducción social, y la fragmentación estructural de la clase trabajadora, ofrecieron un terreno donde la revolución se volvió cada vez más ajena a las formas reales de conflictividad. En última instancia, la concepción de “guerra popular prolongada” de las organizaciones armadas no derivó en un proceso ascendente, sino en una serie de intervenciones desconectadas, incapaces de articular una estrategia integral frente a un estado que combinaba violencia, ayudas sociales y producción de consenso.

FUENTES PRIMARIAS

- Periódico *Claridad*, San Juan, Puerto Rico.
- Entrevista a Hilton Fernández Diamante, 2023.
- Entrevista a Juan Mari Brás en el documental “Dialogando sobre independentismos”, parte XIV, XV y XVI (1890-1980), DVD, Puerto Rico, Producciones Zaranda, 2006.
- Entrevista a Pedro Grant en el documental “Dialogando sobre independentismos”, parte XVI (1890-1980), DVD, Puerto Rico, Producciones Zaranda, 2006, recuperado de: <https://youtu.be/A41GBU8YmMs?si=FAf7Duaj-yKTpFLX>
- Fuerzas Armadas de Resistencia Popular (FARP), *Urayoán*, año 2, núms. 4, 1979.
- Fuerzas Armadas de Resistencia Popular (FARP), *Urayoán*, año 2, núms. 8, 1979.
- Movimiento Pro Independencia (MPI), *La Hora de la Independencia, tesis política del MPI*, Misión Nacional, San Juan, Imprenta Comercial, 1963.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores Puertorriqueños (PRTP), *La Voz Obrera*, año 1, vol. 1, 1977.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores Puertorriqueños (PRTP), *La Voz Obrera*, vol. 4, núm. 1, septiembre de 1980.
- Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), *Congreso de Trabajadores Socialistas*, Río Piedras, Ediciones Puerto Rico, 1972.
- Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), *Declaración General*, Río Piedras, Ediciones Puerto Rico, 1972.
- Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), *El Proletario*, año 1, núm. 3.
- Santos Ramos, Ricardo, Testimonio en la conferencia “Memoria Roja: a 50 años de la conmemoración del 1 de mayo (1950-2021)”, video, Puerto Rico, recuperado de: <https://youtu.be/wdd0PiGkRBY?si=4rwh6HLCkQkOu-Dx>
- Testimonio de Federico Cintrón Fiallo, Archivo Proletario, 2025, recuperado de: <https://youtu.be/8FKZmEFjLuA?si=W3qb6dcmsjpZzT9i>
- Testimonio de Juan Segarra Palmer, Archivo Proletario, 2024, recuperado de: <https://youtu.be/BIFZo9Oj13M?si=cJz6dPsX1hx-Juxk>

REFERENCIAS

- Agosto, Ángel, *Lustro de gloria, Río Grande*, Casa Editora de Puerto Rico, 2009.
- Arbona, Rafael y Núñez, Ana, *Pedro Grant. La vida una lucha, una lucha la vida: memorias de un líder sindical*, Humacao Ediciones Callejón, 2005.
- Barraza, José, “¡A las fábricas! Un análisis de la militancia fabril y la proletarianización de los militantes de Política Obrera, Argentina (1965-1975)”, *Revista Izquierdas*, núm. 50, 2021, pp. 1-22.
- Blanco-Rivera, Joel A., “Custody, Provenance and Meaning in the Context of State Intelligence Records: The Case of Las Carpetas in Puerto Rico”, *Archival Science*, núm. 24, 2024, pp. 657-673.
DOI: <https://doi.org/10.1007/s10502-024-09454-w>
- Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición: Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998.

- Camareno García, Juan, “Historia intelectual de la lucha armada clandestina en Puerto Rico (1970–1989)”, tesis de maestría en Historia, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, 2022, recuperado de: <https://hdl.handle.net/11721/2969>
- Carnovale, Vera, *Los combatientes: historia del PRTERP (1965-1976)*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2018.
- Corretjer, Juan Antonio, *Problemas de la guerra popular en Puerto Rico*, San Juan, Liga Socialista Puertorriqueña, 1977.
- Cúneo Elizondo, Gaspar, “Entrevista a Alfonso Beal. No somos el brazo armado de una organización determinada”, *Boletín Tricontinental*, San Juan, s/e, 1968, pp. 52-54.
- Dávila Marichal, José, *¡Viva la República! Pedro Albizu Campos y la insurrección nacionalista*, San Juan, Ediciones Laberinto, 2024.
- Guadalupe de Jesús, Raúl, *Sindicalismo y lucha política: apuntes históricos sobre el movimiento obrero puertorriqueño*, San Juan, Editorial Tiempo Nuevo, 2009.
- Irizarry Cruz, Lucila, *CAL: una historia clandestina (1968–1972)*, San Juan Editorial Isla Negra, 2010.
- Mangiantini, Martín y Díaz, Javier, “De la Revolución cubana al Cordobazo: El trotskismo argentino frente a la lucha armada (1959-1969)”, *Cuadernos de Historia*, núm. 58, Santiago, 2023, pp. 41-67.
DOI: <https://dx.doi.org/10.5354/0719-1243.2023.70679>.
- Marchesi, Aldo, *Hacer la revolución: guerrillas latinoamericanas, de los sesenta a la caída del Muro*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2019.
- Mattos Cintrón, Wilfredo, *El libro, la calle y el fusil*, San Juan, Ediciones La Sierra, 2018.
- Modonesi, Massimo, *Subalternidad, antagonismo, autonomía: marxismo y política en América Latina, Ciudad de México*, CLACSO-Siglo XXI Editores, 2010.
- Morejón Flores, Guillermo, “Armando la ‘nueva lucha’: Continuidades y rupturas de la lucha armada en Puerto Rico en los años setenta”, ponencia presentada en el Simposio “Repensando la violencia desde los estudios de áreas y su integración al currículo en el siglo XXI”, el 3 de marzo de 2016. Recuperado de: <https://cedema.org/articles/365>
- Morejón Flores, Guillermo, “Lucha armada en la colonia: El trabajo militar del Partido Socialista Puertorriqueño (1971-1978)”, ponencia presentada en la Conferencia de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) en Bogotá, Colombia, el 14 de junio de 2024.
- Pabón Ortega, Carlos, *Ilusión y ruinas: Imaginarios de izquierda en Puerto Rico desde los sesenta*, San Juan, Ediciones Laberinto, 2025.
- Padilla Marty, Guarionex, “La transformación ideológica del Partido Independentista Puertorriqueño (1967-1973)”, tesis de maestría en Historia, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, 2024. Recuperado de: <https://hdl.handle.net/11721/3927>
- Paraliticí, Che, *La represión contra el independentismo puertorriqueño: 1960-2010*, 2ª ed., San Juan, Publicaciones Gaviota, 2011.
- Rivera Ruiz, Álvaro, *Violencia política y subalternidad colonial: el caso de Filiberto Ojeda Ríos y el MIRA (1960-1972)*, San Juan, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 2021.

- Schneider, Alejandro, “La lucha armada por la independencia de Puerto Rico (1960-1985)”, *Revista Mexicana del Caribe*, núm. 23, 2017, pp. 7-36
- Schneider, Alejandro, “La lucha por la independencia de Puerto Rico: la experiencia de los Comandos Armados de Liberación (1967-1972)”, *Revista del Instituto de Investigaciones Gino Germani*, vol. 16, núm. 29, 2023, pp. 64-95.
- Schneider, Alejandro, “Tensiones irresueltas en la guerrilla puertorriqueña: el caso del Movimiento Independentista Revolucionario en Armas (MIRA)”, *A Contracorriente*, vol. 19, núm. 3, 2022, pp. 135-162. Recuperado de: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/160247>
- Seijo Bruno, Miñi, *La insurrección nacionalista en Puerto Rico, 1950*, San Juan, Editorial Edil, 1989.
- Zibechi, Raúl, *Territorios en resistencia: Cartografía política de las periferias latinoamericanas*, Buenos Aires, Lavaca Editora, 2008.